

la economía solidaria en tiempos de crisis¹

Presentación

Felisa Miceli²

Como todos sabemos, el mundo está enfrentando una crisis económica muy fuerte. Los países de Europa, de economías tan sólidas, hoy por hoy, no saben cuál va a ser el final del derrumbe que viven. Desocupaciones altísimas, deudas externas que superan a su propio Producto Bruto Interno (PBI), salvatajes millonarios para los bancos y no para la gente, en fin, rebeliones de los trabajadores, de la juventud enfrentando esta realidad tan dura, tan fuerte, tan amarga, pero que sin embargo, según lo que muchos economistas opinan, no ha tocado su piso. Dadas así las cosas, vamos a esperar todavía peores comportamientos de la economía mundial. El propio Estados Unidos, que ha sido siempre el motor de la economía mundial, está hoy también desacelerando lo que fue su pequeño crecimiento del año pasado.

Entre las economías que componen más del 50% del PBI mundial -Japón, Estados Unidos y la Unión Europea- ninguna tiene estimaciones de crecimiento para el año 2012. O sea, que el motor de la economía mundial será ocupado por las economías emergentes; los países llamados BRICS. Esto es, que Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica son los encargados de motorizar el crecimiento de la economía mundial.

Ahora bien, ¿Cuáles son las tareas que tenemos que hacer? ¿Qué tenemos que continuar haciendo como país y como región? ¿Qué rol cumplen las cooperativas y las pequeñas y medianas empresas? De eso vamos a hablar en esta mesa redonda.

(1)Mesa redonda organizada por el Centro de Investigaciones y Gestión de la Economía Social (CIGES), en el marco del Congreso de Economía Solidaria y Asociativismo PyME y Micropyme, organizado por el Instituto Nacional de Economía Social y Solidaria (INAES), que tuvo lugar entre el 26 de septiembre y el 2 de octubre de 2011, en Parque Norte, Ciudad de Buenos Aires

(2)Coordinadora General del CIGES, ex Ministra de Economía y Producción de la Nación

La lucha política: el desafío de la economía social

José Luis Coraggio³

En primer lugar tendríamos que ponernos de acuerdo sobre qué entendemos por “economía social”. Es bastante usual pensar que la economía social son las cooperativas, las asociaciones y las mutuales. Esta es una corriente de larga presencia histórica -lleva casi dos siglos- muy importante y, sin duda, es eje de cualquier pensamiento que se quiera llevar adelante respecto de otra economía.

En algunos países de América Latina, también se llama “economía social” a aquello de -entendiendo como una política social que, al advertir que no es posible repartir comida y repartir condiciones elementales de vida y que el sistema económico no va a volver a reintegrar a través del trabajo a la gente- generar pequeños emprendimientos asociativos a partir de los sectores más pobres, y se la llama "social" en el mismo sentido que se lo hace a la política social. Esto es, en un sentido limitado, sobre todo después del neoliberalismo, focalizada en los sectores más indigentes, más pobres, etc.

Ninguno de estos dos sentidos es el que queremos proponerles a ustedes, aunque abarca necesariamente ambas actividades. Por “economía” entendemos un sistema de principios, de instituciones y de prácticas que se da una sociedad para organizar la producción, la distribución, la circulación y el consumo, con el fin de resolver las necesidades de sus miembros. Probablemente nadie va a estar en desacuerdo con esta definición. Ni siquiera en los manuales de teoría neoliberal van a decir que la economía es un sistema que consiste en el despojo de las mayorías por las minorías, sino que van a decir algo parecido a lo que acabo de enunciar. El problema es ser consecuente con eso. ¿Cómo se resuelve el problema? ¿Cómo una sociedad organiza la producción, la distribución, la circulación y el consumo de manera que todos quepan en esa sociedad y que todos tengan una vida digna? Los estudios históricos y antropológicos se han preguntado cómo las sociedades resolvieron esto y llegaron a la conclusión de que no es a base de un único principio de organización, sino por medio de la combinación de algunos principios que varían de una sociedad a otra.

Uno de esos principios -fundamental e ignorado por el pensamiento único- es el de la *casa*. Digo, el principio de la producción para el propio consumo,

(3) Director de la Maestría Economía Social, Universidad de General Sarmiento.

el principio de la producción para la subsistencia de los productores. Esto es lo que vemos en las economías campesinas que producen y venden un excedente, pero que producen también para su propio consumo, básicamente en las comunidades indígenas, lo que se da también en nuestras casas, en nuestras familias y en nuestras asociaciones de consumo urbanas. El trabajo doméstico produce riquezas; lo produce para el mercado. No produce dinero, ni valor económico -en el sentido en que se lo entiende normalmente-, pero sí produce bienes satisfactorios que resuelven necesidades. Entonces, el primer principio de organización de lo económico es la producción para el propio consumo; la seguridad de que tenemos lo fundamental asegurado.

El segundo principio es el de la *reciprocidad*. Me refiero a un sistema de intercambio a través de dones. Doy sin esperar algo equivalente a cambio en el momento que doy. No se trata de lo que usualmente se entiende como un contrato en el mercado actual. Uno, en el mercado, da y espera algo equivalente a cambio. La reciprocidad implica donar, dar, con la esperanza de que alguien me va a devolver cuando yo necesite, pero no que ahora, en ese momento, a la persona a la que le doy se le obliga a darme algo a mí. Este es un sistema muy importante en nuestras sociedades, que obviamente está siendo erosionado por el principio de mercado, donde se busca sacar ventajas en cada intercambio. Aquí hay donación. En todo caso, si hay competencia es para ver quién da más y no quién da menos.

Si bien este principio de reciprocidad puede ser pensado en el sentido de que sólo se da en grupos muy pequeños, en relaciones de parentesco o de compadrazgo, hay que advertir que lo tenemos muy presente hoy en Argentina. Cuando se pasó de ese nefasto sistema de las AFJP, de ese sistema de seguridad social y de jubilación -donde los que tenían mucho podían tener un fondo de seguridad para su tercera edad, pero los que no tenían nada quedaban afuera de ese sistema- al sistema de reparto, que permite que todos estemos aportando y todos sepamos que cuando necesitemos en algún momento vamos a recibir la jubilación o cualquier otro servicio de seguridad social. Uno ahí está dando en función de lo que puede aportar y va a recibir lo que necesite en su momento. A esto es que me refiero cuando hablo de un sistema de reciprocidad.

También el sistema de reciprocidad es el que funciona dentro de una cooperativa, donde todos dan y no minimizan ni ven cómo hacer para trabajar menos, sino que todos están aportando al resultado colectivo de esa cooperativa. Hay mucha relación de reciprocidad en la organización de la economía. Pero también es negada por los manuales de economía tal como los conocemos.

El otro principio es el de *redistribución*. No hay sociedad en el mundo que no tenga el mecanismo por el cual una autoridad central, legítima y reconocida toma recursos de la sociedad, de los sectores que les ha ido mejor y los redistribuye tanto para darle seguridad a toda la población, como para lograr una mayor equidad y una mayor justicia social. Esto es entendido como una manera de proteger a la sociedad y de asegurar la cohesión social. Que la sociedad no se fragmente en los pocos que tienen mucho y los muchos que no tienen nada.

El mecanismo de redistribución puede ser usado para que la gente esté un poco mejor, pero su sentido fundamental es mantener la cohesión de la sociedad. Obviamente, hay resultados distintos entre los diversos actores de una sociedad. Este es un mecanismo de compensación fundamental y es el Estado moderno el que ocupa este rol dentro de nuestra sociedad.

El otro principio es el *intercambio*. Me refiero al momento en que uno, siendo propietario de algo, decide cambiarlo por otra cosa. Y en un sistema más moderno de comercio, al dinero lo cambio por dinero y con ese dinero compro otra cosa. Una persona, una empresa o una sociedad participa de estos sistemas de intercambio. Como lo dice Karl Polanyi⁴, ese intercambio se puede hacer de dos maneras: por medio del comercio y por medio del mercado. En el mercado, las relaciones de intercambio están fijadas por la oferta y la demanda, por un sistema mecánico detrás del cual, por supuesto, hay unos actores poderosos que forman los precios. Pero los precios nos vienen como dados. Básicamente, uno va a al mercado a comprar algo y el precio ya está estipulado. Está en uno comprar o no.

En el comercio, en cambio, está la posibilidad de reconocer al otro y de realizar una transacción con él, ya que se establece una relación interpersonal o intersubjetiva. El ejemplo de la economía social solidaria en relación con esto es lo que se entiende como “comercio justo”. En él, sectores de altos ingresos compran a comunidades, por ejemplo café, a un precio mayor que el que podrían comprar en el mercado porque saben que le están comprando a una comunidad cuya supervivencia depende de que pueda vender a un precio decente ese café. O se compran productos ecológicos o vigilan que no estén comprando productos donde haya trabajo infantil en la producción ni que haya

(4)Karl Polanyi (Viena, 1886 – Canadá, 1964) Científico Social que trabajó en el ámbito de la Antropología Social y la crítica de la economía ortodoxa.

contaminación. Es un consumo responsable que está asociado a un comercio también responsable y justo.

La justicia no es un valor para el mercado. El mercado no es justo ni injusto. Tampoco pretende serlo. El mercado es un mecanismo que produce injusticias y al que no se le puede pedir que sea solidario. A veces usamos el término “mercado solidario”, sin advertir la contradicción que eso implica. Los que participan en el mercado, por la misma manera en que funciona y también para que funcione, todo el tiempo intentan buscar sacar el máximo beneficio del intercambio. Para que haya competencia, para que haya oferta y demanda -aquello que exige el propio mecanismo del mercado- cada uno tiene que ir como individuo, como empresa, como comunidad o como país, a intentar obtener la máxima ventaja que pueda. Tiene que minimizar costos, tiene que maximizar ganancias y tiene que explotar a la naturaleza o, si es necesario, también a las personas. Todo eso se justifica con la lógica y la ética del mercado.

Otro principio que me gustaría agregar es el de la *coordinación* y la *planificación*. En una sociedad compleja no se puede dejar librado a pequeñas redes, a intercambios o a determinados mecanismos, la coordinación de la economía de la sociedad. Hacen falta algunas instancias de regulación del mercado, de regulación de los niveles y de regulación de la forma de la redistribución. Esto es, una forma de coordinar las iniciativas de producción para avanzar sin tener que pasar por la prueba del mercado. Me refiero a aquello de que si uno tiene éxito le va bien y si le va mal, quebró, se quedó sin empleo y se quedó sin los recursos que había ahorrado. En tanto castigador a las malas iniciativas, el mecanismo del mercado, como dice Pierre Bourdieu, es brutal.

Entonces, la economía es una combinación de todos estos principios. La economía que el neoliberalismo nos ha querido construir usando para eso a los gobiernos cómplices de esas políticas, al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional es una economía de mercado, donde el Estado pasa a un segundo plano y con una capacidad de acción muy restringida. Por ejemplo, atacaron a los sindicatos y a los movimientos cooperativistas porque esa forma de solidaridad conspira contra ese mecanismo de mercado que ellos creen que es el bueno.

La economía social es una manera de organizar un proceso económico que vigila y que cuida a la sociedad. Es más, la sociedad organiza la economía.

Legítimamente, a través de las autoridades que ha elegido o participando directamente en ella, la sociedad va tomando las decisiones de cómo se tiene que organizar la economía. No se entiende a la economía como algo que pasa y que a veces nos golpea y otras nos beneficia. Ese golpe salvaje de la economía como algo externo y algo que no se sabe de dónde viene no es lo que la economía social pretende ser. La economía social pertenece a una economía consciente donde todos participan, donde todos entienden lo que está pasando y donde se toman, en muchos casos, difíciles decisiones. Entre otras, qué necesidades priorizar en un determinado momento y cuáles satisfacer en otro. Pero hoy ¿quién decide qué necesidades se satisfacen y cuáles no? Salvo los mecanismos de redistribución, básicamente es el mercado el que decide. Si yo quiero dar vuelta la tierra tres veces y pago el costo de eso, el mercado es el que decide. Si tengo la plata para hacerlo, tengo el derecho a sacarme el gusto y si no tengo plata para pagar los alimentos, el mercado dice que yo no me tengo que alimentar. Entonces, es un sistema de racionamiento sumamente injusto. Si uno duda de esto, simplemente tiene que ver lo que está pasando en el mundo.

La economía social no es una economía del capital. Esto no quiere decir que no haya capital, que no haya acumulación. Pero es una economía del trabajo. Está basada en el trabajo, en las capacidades de los seres humanos y en una relación armónica con la naturaleza. Como dice la Constitución del Ecuador: “La naturaleza tiene derechos, es un sujeto”. La economía del capital usa a la naturaleza como un reservorio de recursos que le permite ganar y cuando se acaba se pasa a otra cosa, ya que su negocio es acabar con la biodiversidad y no así mantenerla. A su vez, quiere que las personas se comporten como recursos. O sea, ven a los trabajadores y a los consumidores como meros portadores de plata o de energía. No es una relación humana la que establecen, sino que ven como cosas a las personas. Por su parte, la economía social es una economía humana; es una economía que implica un sistema que institucionaliza los procesos económicos y la producción de lo material para resolver las necesidades de otra manera. Por lo tanto, se contrapone a la economía capitalista. No es un rincón dentro de la economía capitalista. La economía solidaria no es un sector que funciona dentro de la economía capitalista, sino que es una propuesta de otra economía. Es lo que el Foro Social Mundial nos decía con aquello de “Otro mundo es posible”. Y para eso, otra economía es posible. Estamos hablando de un sistema de solidaridad, de otras formas de organización de la economía, de otra forma de resolver las necesidades, de otra forma de plantear las relaciones sociales y de otra forma de distribuir el conocimiento, los recursos productivos, el acceso al crédito y demás. Esto no está en la Maestría que yo dirijo sino que está en Europa, en Canadá,

en África y en América Latina. Es una búsqueda continua que acá se hizo muy evidente y transparente a partir del Foro Social Mundial que empezó en el año 2001. Los movimientos sociales empezaron a cuestionar, oponiéndose claramente al Foro de Davos, el tipo de economía en el que estaban.

No se trata de ponerle un límite al sistema económico capitalista y redistribuir un poco más; no se trata de incluir a los excluidos al mismo sistema que los sigue excluyendo. Si no se cambia el sistema en el cual se dice que se está incluyendo a la gente, va a seguir excluyendo, porque está en la estructura y en el sentido de ese mismo sistema. Si no se cambian las relaciones entre Estado y mercado, esto no va a tener mayor éxito y va a ser solamente un mero paliativo.

Entonces, Economía Social Solidaria. Decimos “solidaria”, porque si nos preguntamos cómo puede la sociedad resolver el problema de las necesidades de todos y cuál va a ser el núcleo y la fuerza de esto, la solidaridad aparece como un principio fundamental. No así la competencia o la destrucción del otro para ganar yo. Esa es la cooperación. Si una cooperativa se cayó, no es que le fue mal y que “se las arregle”. Hay que recuperarla. Está bien que recuperemos las empresas del capital, pero también tenemos que recuperar a las cooperativas. En algunos casos, puede haber solidaridad dentro de cada cooperativa, pero no así haberla dentro de las cooperativas. Es interesante lo que hace Mondragón. Cuando una cooperativa fracasa, las demás la sostienen, incorporan a los trabajadores y le dan dos años de plazo para que se reinserten. De la mayoría de los emprendimientos de las cooperativas y de las pequeñas y medianas empresas que quiebran en nuestro país, nadie se hace cargo. Simplemente el mercado indicó que no eran eficientes.

Ahora bien, este sistema está en crisis. Me refiero a: crisis del sistema financiero, del dólar, del euro, de la deuda, del petróleo, del agua, del capital productivo, del trabajo como institución integradora, de la paz, de la hegemonía norteamericana y demás. Ahora bien, lo que yo quisiera decir es que, desde la economía social solidaria, la crisis que no empezó en el año 2001 ni en 1998, es la crisis de la reproducción de la vida. Y esa viene de hace mucho tiempo atrás. Es la crisis de millones de personas en el mundo que no pueden tener algo parecido a una vida digna. Es la crisis que ya se anunciaba desde 1974, en el Club de Roma, de que no se podía seguir creciendo ya que, de lo contrario, se iba a acabar con los recursos naturales. Esa crisis la tenemos desde hace varios años y está amenazando la vida en el planeta. Ya lo vemos

en el recalentamiento de la tierra. Hacen falta pruebas muy dramáticas para advertir algo que ya se sabía desde hace bastante tiempo. Esta es la crisis que tenemos que resolver. Las otras son crisis del sistema que no resuelven eso. Pero cualquier alternativa que proponamos tiene que poner como primera prioridad estratégica el hecho de resolver la crisis de reproducción de todos nosotros. Mientras tanto, aún estando en crisis no están para nada dolidos. Al contrario. Nos siguen saqueando. Vienen con la minería a cielo abierto a llevarse con barcos minerales destruyendo el ecosistema, contaminando las aguas y demás. O sea, que sigue el sistema de saqueo que empezó con la Colonia en América Latina. Entonces, continúa habiendo una acumulación que no es por el juego del capital sino que es por el saqueo. Y esto se lleva a cabo por medio de la violencia y las guerras. Como bien deben saber, se toman las zonas donde hay recursos que se ansían. Tal es el caso del petróleo. Hay mucha violencia en esta economía global.

Nosotros podemos advertir que en América Latina están pasando cosas muy importantes en este momento. Lo que pasa en Venezuela, en Ecuador, en Bolivia o lo que pasa en Argentina son experiencias que están mostrando que es posible desconectarnos de esa máquina de destruir. “Desconectarnos” no quiere decir “aislarnos” sino ganar soberanía. Y para eso es fundamental hacerlo, no a nivel local o nacional, sino solidariamente en el conjunto de países de la región. Tal es el caso de Unasur.

De todos modos, tenemos un problema delante. La ideología capitalista, la ideología del neoliberalismo no desapareció. Está en el sentido común de la gente y está también en el sentido común de la dirigencia política. Nosotros podemos festejar, ya que es importante que las tengamos, altas tasas de crecimiento. Pero, por otro lado, desde el punto de vista de la economía social, tenemos que cuestionar y preguntarnos qué está atrás de ese crecimiento. Si el crecimiento está basado en la producción de automóviles, seguimos alimentando a ciudades invivibles; seguimos generando contaminación; seguimos generando, contradictoriamente, a la vez que pensamos en el bienestar, el trabajo y el ingreso que efectivamente genera esa industria, contradicciones respecto de un proyecto de reproducción de la vida. Entonces, no estamos hablando de poner un poco de justicia a la economía, sino de una economía que cuestiona la racionalidad y que muestra que es irracional la competencia por ver quién crece más, quién gana más y quién produce más. ¿Qué se produce? ¿Cómo se produce? ¿Cómo se acumula? No es indiferente para esta percepción. Por eso la llamamos economía social.

Nosotros podemos pensar esto muy en el corto plazo. Claramente estamos amenazados. Este es el modo de ser del sistema de mercado capitalista. Vive y subsiste porque vivimos con temor. Temor al hambre, temor a perder el trabajo, temor a perder los ahorros, temor a la crisis, en fin, temor a todo. ¿Cómo nos preparamos para eso? Porque yo siento que aquello que nos pasa es que todos debemos tener un poco de alienación para sobrevivir. Es decir, seguimos teniendo algo parecido a una vida cotidiana normal, al mismo tiempo que vemos unos indicadores que anuncian que se viene algo terrible. La idea del blindaje creo que es una ilusión. Es imposible. No hay pared que aguante el golpe de una crisis real del sistema capitalista global. ¿Cómo nos preparamos desde la economía social solidaria? Para esto son muy importantes todas esas otras iniciativas. Crear cooperativas, crear mutuales, crear redes locales, crear la posibilidad de producir alimentos propios, revitalizar el principio de la casa, de la subsistencia y aquello de, tal como decía Aldo Ferrer, “vivir con lo nuestro”. Y la Argentina mostró durante mucho tiempo que se puede vivir por fuera del crédito internacional. Tenemos los recursos y tenemos la posibilidad. Lo que pasa es que, como sociedad, no estamos preparados para eso. Necesitamos ser convocados para un proyecto de resistencia prolongada ante esa serie de golpes que se nos vienen. Esto, claro está, más allá de querer cambiar el sistema.

Lo que la economía social plantea no es desarrollar una forma de organización microeconómica en un mundo de no solidaridad o en el mundo del mercado competitivo. De lo que se trata es de cambiar las reglas del intercambio. Hay que hacer que el mercado esté regulado, que haya mecanismos de redistribución fuertes, que el Estado juegue un papel fundamental para que nos dé, no sólo una ley que nos favorezca, sino que cambie sus relaciones de fuerza. Esto es fundamental. Porque la cooperativa, finalmente, tiene que competir en el mercado. Entonces, llega un momento en que la solidaridad interna no se puede manifestar afuera porque se compite con otra cooperativa.

Entonces, la soberanía alimentaria es una línea de trabajo fundamental. Lo mismo en lo que respecta a la soberanía energética y a la soberanía monetaria. Estas son líneas de trabajo que tienen que ver con la construcción de otra economía y con la construcción de bases materiales para otra sociedad. ¿Quién debe hacer todo esto? Esto requiere sujetos. Por más clarividente que sea una dirigencia política, por más capacidad de convocatoria o de movilización de recursos que tenga, el Estado solo no puede hacerlo. Entonces, se requieren sujetos sociales colectivos y no actividades micro desparramadas por distintos

lados. Se necesita del movimiento cooperativista, el movimiento sindical, el movimiento de mujeres, los movimientos ecologistas, los movimientos indígenas y demás. No puede ser que haya un movimiento que, corporativamente, defienda la economía social solidaria. Tiene que ser toda la sociedad la que haga esto. Y eso implica una lucha cultural. Eso implica una lucha por los valores, una lucha por los proyectos y una lucha contra los individualismos y los corporativismos. En definitiva, de lo que se requiere es de una lucha política. Creo que este es el desafío que debemos enfrentar.

Argentina y América Latina en el contexto de la crisis sistémica internacional: una propuesta alternativa desde la economía social solidaria

Raúl de la Torre⁵

En mi caso, me voy a referir al interrogante respecto de las tareas por hacer frente a esta lucha política. Podemos advertir varios procesos simultáneos que se entrecruzan y que encuentran a la Argentina en un momento muy particular. En realidad, más que de procesos simultáneos sería conveniente hablar de “procesos contemporáneos”. Porque no es que se dan exactamente en el mismo momento. Si hablamos de la crisis internacional, el actual momento de ésta no es el mismo que el del año 2008 ni su repetición.

A continuación, me voy a centrar en lo que significa este proceso de democracias en Latinoamérica -con todos sus avances y, al mismo tiempo con todas las limitaciones que empezamos a enfrentar- y, en particular, al proceso que vive la Argentina abierto en el año 2003.

Respecto de la crisis internacional, debemos entender que se trata de una crisis estructural ya que es una crisis que estalla en el corazón del sistema. Es decir, no es una crisis de los países periféricos provocada por su deuda externa, sino que se trata de una crisis que estalla nada menos que en el corazón del sistema financiero, al que este mismo modelo económico le proveyó todo el poder por encima de las estructuras productivas. En todo sentido, entiendo que esta es una crisis sistémica.

(5)Economista y Periodista. Columnista de Economía en noticieros de canal 7 y conductor de *Visión 7 Internacional*. Editor de Economía en el diario *Página/12*.

Ahora bien, más allá de esta crisis sistémica, también es importante de ver qué tipo de respuestas le están dando los países líderes a ésta, ya que es en este punto donde podemos advertir el tema más importante y, quizá, el más preocupante. La respuesta que le dio el gobierno de Bush en el año 2007 y 2008 es la misma que la propia de Barack Obama cuando asume el gobierno. Esto es, fortalecer a los bancos que habían sido heridos por la crisis y tratar de devolverles el poder para que sigan actuando de la misma manera. Lo que está haciendo hoy Europa desde el Banco Central Europeo y la Unión Europea y mediante el apoyo del Fondo Monetario Internacional, en lo que respecta a reclamar nuevas políticas de ajuste para los países en dificultades y una política desde los países centrales de la Unión Europea -como Alemania y Francia- de sometimiento a los países más castigados -como es el caso de Grecia-, es condenar prácticamente a sus poblaciones a pagar todos los costos de una crisis de la cual seguramente no van a salir por más que los paguen. Nosotros ya sabemos qué son estos procesos de ajustes y dónde terminan.

Nos están indicando que el camino que han tomado no es justamente un camino de recuperación. En todo caso, si logran superar la crisis, uno tendría que pensar a qué costo lo harán y qué mundo económico nos llegará a nosotros si, efectivamente, logran hacerlo. Me refiero a un mundo económicamente más injusto, más desigual, con más desempleo, con más pobreza, con más exclusión y demás. Esto es interesante de pensar para ver dónde colocamos esta perspectiva de la crisis internacional. No se trata de cuánto durará la crisis, sino -en el caso que sobrepasarla- dónde vamos a quedar parados. Esta es una de las cuestiones más profundas que nos tenemos que plantear para decidir qué camino tomar. Las declaraciones de Angela Merkel o de Nicolas Sarkozy nos indican que éste es el camino que ellos han elegido para solucionar la crisis: más poder a los bancos, más respuestas políticas de los gobiernos en función de la reacción de los mercados financieros, convencer a los capitales especulativos que hay que estar del lado de ellos y no de la vereda de enfrente.

En Latinoamérica, si uno mira las cifras, podríamos decir que en la última década, en alguna medida, ya hemos logrado desacoplarnos de esta crisis, ya que se siguen dando tasas de crecimiento importante. Y esto hay que adjudicarlo, no sólo a la evolución de los precios de las materias primas -que sí es importante porque sirvió al superávit de nuestra balanza de pago, pero que evidentemente no fue la única explicación a por qué nos fue mejor de lo que marcaban las perspectivas internacionales hasta ahora- sino que también hubo en la región una reestructuración financiera de cada uno de estos países en

función de lo que significó la crisis financiera anterior que hemos vivido durante los '80 y los '90. Fueron políticas de desendeudamiento, de fortalecimiento de los Estados y una política muy activa para acompañar a las sociedades y a las economías a recuperarse en favor del consumo y la actividad económica interna. Esto influyó para que las tasas de crecimiento fueran persistentes en la región y no simplemente el viento de cola del aumento de precios de las materias primas. A la hora de evaluar y de juzgar cuáles deben ser los pasos siguientes tenemos que valorar este tipo de cosas y no perderlos de vista ni de consideración.

Pasemos al caso de la Argentina. Evidentemente, en el país se ha instalado un nuevo proyecto nacional a partir del año 2003; un proyecto en el cual se tuvo como objetivo económico y principal recuperar el paradigma de la actividad productiva como función básica de la economía y, como objetivo social, mejorar el bienestar de la población. Dos aspectos que, sin bien de tan básicos resultaría obvio anunciarlos, no formaban parte del modelo anterior. Ni defender la estructura productiva ni el bienestar de la población eran objetivos del modelo neoliberal. Así de básico fue el cambio y así de significativo fueron también los cambios políticos que esto conlleva.

Pasados ya ocho años de este proceso, podemos afirmar que hemos conseguido muchos avances. Así lo demuestran las tasas crecimiento. Anteriormente, José Luis Coraggio hablaba de algunos paradigmas neoliberales que siguen presentes en nuestras conciencias y en nuestras sociedades. Creo que todavía no nos hemos sacado de encima al modelo neoliberal. Hemos corregido algunas cosas, hemos avanzado en algunos planos, pero si observamos algunos déficits que todavía tenemos en nuestra economía nos vamos a dar cuenta de que el modelo neoliberal está mucho más presente de lo que aparece en un primer golpe de vista. Si bien es cierto que desapareció el tema de la deuda externa como condición de la economía, los problemas de dependencia de las divisas extranjeras, de los préstamos externos y de los mandamientos del FMI para definir nuestra política económica, aún no hemos resuelto el tema de la concentración económica. Seguimos teniendo una economía donde en sectores básicos hay una muy fuerte concentración económica y, me atrevería a decir, incluso mayor que antes ya que fueron estos sectores los que más se han beneficiado con todo este proceso de crecimiento económico. No olvidemos que uno de los grandes impulsores de la economía, por lo menos en los primeros años de este proceso, fueron las exportaciones y que éstas estuvieron muy concentradas por un lado en lo que respecta a la materia prima y, por el otro, en sectores empresarios

altamente concentrados, cuando no en los dos casos al mismo tiempo, tal es el caso de las cerealeras. Estos han sido los grandes beneficiarios. Y, cuando hablamos de la potenciación que tuvo el consumo interno, lo tenemos que hacer también respecto de grandes rubros de producción de artículos de consumo que siguen estando en manos de grandes empresas altamente concentradas. Algunas nacionales y otras internacionales, pero fuertemente concentradas en sectores básicos, como por ejemplo en el rubro de la alimentación. Esto también es una herencia no resuelta del modelo neoliberal.

Coraggio nombraba también la industria automotriz. Es importante no sólo para lo que implica socialmente y para la vida el tema de más automóviles en la calle sino lo que significa en términos de concentración económica. Debemos pensar quién produce autos y, desde ese lugar, cómo están manejando hoy nuestras relaciones comerciales con Brasil. Nuestras principales empresas exportadoras a Brasil son Ford, Fiat y otras. Ahora, las importadoras de Brasil se llaman justamente Ford, Fiat y otras. Es decir, son operaciones intraempresas las que se hacen. Hay un dominio absoluto de la frontera en cuanto al manejo comercial de estos grandes grupos monopólicos internacionales. Entonces, ahí también tenemos una dificultad. Ahí tenemos un problema grave donde, más allá de todo lo que intentemos hacer con Brasil en materia de complementación comercial y económica, en el medio hay enormes empresas que están paradas en los dos lados y encima con esa capacidad de extorsión sobre ambos gobiernos diciéndole: “Si no me das más, me voy a lo del vecino, pongo la planta allá y te vendo todo desde allí”. Acá tenemos un condicionante también fuerte que tiene que ver con esta estructura del modelo neoliberal que no ha cambiado.

Lo mismo sucede con las inversiones privadas. Generalmente, estas inversiones no se desarrollan en el sentido socialmente deseable. Esto es, las inversiones privadas van hacia sectores que son obviamente más rentables, con fines predominantemente lucrativos y que no son fuertes generadores de empleo. Este es el perfil que sigue teniendo la inversión privada en Argentina y esto también representa una dificultad estructural. Entonces, hay una serie de elementos que tienen que ver con el modelo neoliberal y que muestra que éste no sólo no está del todo retirado, sino que sigue siendo un factor predominante en la economía. Estos son parte de los desafíos que tenemos por delante en este año.

La particularidad del año 2011 es que en él se da un entrecruzamiento de todo lo que estamos planteando entre los diferentes caminos y distintos

procesos. Un proceso de crecimiento desde el año 2003 que ha logrado superar un tercio de la crisis y que ahora se enfrenta a una nueva instancia de ésta, donde se entrecruza una crisis que viene amenazando con un impacto mucho mayor porque desde los propios líderes de la crisis la están profundizando. Entonces, como decía recién José Luis Coraggio, el blindaje es una ilusión. No hay posibilidad de blindarse frente a esta crisis. Por algún lado la crisis va a entrar. Y, como no sabemos exactamente por dónde va a hacerlo, tampoco hay muchos paraguas que abrir. Por más paraguas que pongamos, no van a ser suficientes para evitar el ataque por algún lado.

Si el desafío es cómo nos planteamos el tema de generar una economía social que sea diferente y que desacople, esto implica un desafío mayor. ¿Es posible que desacople? Miremos lo que está pasando en el resto de la región. Miremos lo que significa que haya gobiernos que, por lo menos en apariencia, tengan mucho que ver con nuestro gobierno. Y es cierto. Tenemos algunos factores comunes que son más que interesantes. Porque todos esos gobiernos vienen de salir de un modelo impuesto por el Consenso de Washington, que quieren dar respuesta a eso y gobiernos que fundamentalmente se plantean cómo cambiar las relaciones de poder a favor de los intereses nacionales y populares en contra de los intereses que nos dominaron durante años. Este es el principal eje. Lo que todavía no logramos es que este tipo de políticas sean suficientemente coordinadas como para que la respuesta sea una sola en los diferentes países. Es importante también que esta respuesta sea solidaria con respecto a lo que se está haciendo y a los desafíos que se enfrentan. Ahí nos queda bastante por hacer. Entonces, empecemos a plantearnos de qué se trata este desafío de construir una economía social solidaria que confronte con nuestra economía. Y este es un punto de confrontación. No es una elección entre una u otra. Elegir la economía social solidaria significa confrontar con el modelo dominante en el mundo.

El camino que nos está ofreciendo la economía dominante es un camino hacia el precipicio. Por lo que significa el costo de la crisis y por lo que significaría también salir de ella. En todos los casos, el camino es el precipicio: pagar los costos y estar peor de lo que estamos hoy. Entonces, de lo que se trata es de buscar un camino alternativo.

Decía que hoy no tenemos los lazos de solidaridad que necesitaríamos tener con respecto a otros países de la región para tener respuestas en común. Sin embargo, creo que sí tenemos muchos más puntos en común de lo que

estamos reconociendo, dado que hay problemas similares. En otros países se está hablando, por ejemplo, del socialismo del siglo XXI. Bien, empecemos a ver cuánto tiene que ver eso con lo que nosotros estamos planteándonos acá respecto de “economía social”.

Hacen falta por lo menos tres factores para encarar una propuesta alternativa y revolucionaria de este tipo. Uno sería tener una conciencia social suficiente como para que un proyecto de este tipo tenga el respaldo popular suficiente; otro, voluntad popular de un gobierno de hacerlo y por último tener el poder necesario para lograr llevar esto a cabo.

Voluntad, evidentemente, nuestros gobiernos la tienen. La conciencia social creo que se va formando, no por un convencimiento teórico o por discusiones en este tipo de foros, sino también por la experiencia que van realizando cada uno de estos proyectos -de cooperativas, de mutuales y de asociaciones- que también van haciendo su propia experiencia en el trabajo diario. Es decir, buscando otras alternativas y viendo cómo hay otro tipo de soluciones que no dependen del mercado. Entre otros, tratando de ver cómo avanzar en la construcción -lo que ha sido una de las tareas fundamentales en este proceso- y en la recuperación del Estado. Sin la recuperación del Estado, sin la recuperación del instrumento, es imposible poner en marcha cualquier proceso. Esto ya se logró en Argentina y en muchos otros países de la región. Un Estado que apueste a esto y que respalde las salidas, las soluciones y una protección suficiente implica un primer paso fundamental. Sin el apoyo del Estado, resulta muy difícil generar una conciencia social simplemente a partir de las experiencias de fracaso continuo. En cambio, estar en la pelea sí genera conciencia y esto es lo realmente importante.

José Luis Coraggio describía también varios aspectos que tienen que ver con la ética social frente a la ética del mercado. Bernardo Kliksberg y otros autores nos están enseñando que hoy una economía reñida con la ética implica condenar a las mayorías al sufrimiento y a sufrir las consecuencias de una injusticia social tremenda, porque así está funcionando hoy el sistema económico mundial.

Este aspecto de denuncia que ha asumido nuestro gobierno y que, en general, nuestras organizaciones están asumiendo frente a lo que es el modelo económico mundial, también es un efecto demostrativo de que acá existe la voluntad de generar un modelo alternativo y la necesidad de juntarnos para hacerlo.

No es casual que vuelvan los ataques contra la Argentina desde el FMI, descalificando las estadísticas, los procesos que se están llevando adelante o el tipo de política que tiene el país con respecto a la deuda, dado que Argentina ha dado pasos que son imperdonables para estos sectores. El hecho de sacarse de encima los monitoreos trimestrales del FMI que nos marcaban cuál era la política económica que había que aplicar en el país; el pago de la deuda para que el FMI no tuviera argumentos para volver o el desendeudamiento, significa que la Argentina se sacó una de las excusas principales que tenían los poderes económicos mundiales para imponernos sus políticas. Sería un paso adelante inmenso avanzar en herramientas tales como el Banco del Sur, que nos independizaría para el financiamiento de inversiones -que hoy también se hacen a través del BID o del Banco Mundial, pero que son inversiones que eligen y autorizan ellos y que benefician sus negocios- o para unirnos en lo que respecta a temas como el transporte o la energía y que éstas estén pensadas en función de las necesidades de los países de la región y no en función de la necesidad de los capitales que queremos atraer desde el norte. ¿Qué pasaría si en vez de depender del dólar encontráramos los mecanismos para empezar a operar entre nuestros países en moneda local con algún mecanismo de compensación como puede ser el sucre? Seguro que pasamos a formar parte del eje del mal, entre Irán y la Liga de Khadafi. Estos son los desafíos: independizarnos del dólar y del financiamiento internacional.

Tenemos que darle otro status al tema de la economía social solidaria. No es una salida de emergencia, una solución alternativa, sino que implica un nuevo modelo económico de gestión y un nuevo modelo político opuesto y en disputa con el modelo dominante en el mundo. Debemos entender esto, no solamente desde la concepción de que nos parece mejor éticamente, sino porque es una necesidad. El otro modelo nos condena. En la historia económica del mundo, los modelos económicos vinieron después de las políticas que los pusieron en práctica. Entonces, si estamos poniendo en práctica algo, no nos asustemos de decir: “Este es el nuevo modelo y ésta es nuestra propuesta de oposición al modelo económico dominante en el mundo”. Porque el modelo dominante se acabó como modelo alternativo de solución del problema de las mayorías. En cambio, no se acabó en la aplicación. Va a seguir condenando y va a seguir castigando a las mayorías mientras haya un poder político y militar para imponerlo. Entonces, el gran desafío y la gran tarea que tenemos que asumir es darle un rol y un escalón mucho más alto a la economía social y animarnos a decir que estamos discutiendo este tipo de cosas y no simplemente soluciones alternativas o soluciones marginales para ver cómo le resolvemos el problema a unos pocos que el mercado dejó afuera. Me parece que si asumimos este rol vamos a profundizar

la discusión y vamos a encontrar más rápido este tipo de respuestas. Porque, como decía Fidel Castro, le han declarado la guerra a la humanidad y es ésta la que debe encontrar sus propias respuestas para defenderse.

La construcción de un nuevo sentido común frente a la crisis civilizatoria internacional

Pedro Páez⁶

Cuando se plantea este tipo de debate, nos enfrentamos a un problema muy serio. Es una trampa anidada en la cultura política y en la construcción de sentido común. El sentido común no es algo natural, sino que es parte de una construcción ideológica marcada por una correlación de fuerzas, por una posición de clase y por una construcción de hegemonía específica. Y esa situación nos pone en una trampa automática, de la que más que ser propiciadores somos víctimas.

Cuando uno plantea temas como “lo social”, “lo solidario”, “lo bueno”, la cosa empieza a derivar rápidamente hacia el sentido de la cursilería. Y tienen un tema muy serio. Por varias circunstancias, están involucradas en eso. En primer lugar porque, en parte sí somos cursis. ¿Cómo nos atrevemos a hablar de lo social, de lo solidario, de lo fraterno cuando la vida es otra cosa? La vida es dura. ¿De dónde vienen ustedes a sacar el asunto de que es posible trabajar con cooperativas, con el Banco del Sur o con el SUCRE? Esos son buenos deseos. Y de buenos deseos está pavimentado el infierno. Yo creo que eso es cierto. Yo creo que es muy importante ubicar los riesgos que plantea eso en el sentido de construirnos una narrativa autorreferenciada y autocomplaciente que nos exima de una serie de responsabilidades que van desde lo más elemental. Y esto forma parte también de la construcción del sentido común.

Estamos en una coyuntura histórica muy particular. Estamos en una circunstancia de una intensidad ontológica sin precedentes. Porque ahora, en el medio de esta crisis -que no es sólo financiera sino civilizatoria- lo que haga cada uno de nosotros durante cada día cuenta mucho. Porque las cosas están adquiriendo una velocidad y una ferocidad inusitada. Los cambios que se están viviendo son enormes y están pasando día a día. Al punto que ni siquiera

(6) Miembro de la “Comisión Ecuatoriana para una nueva arquitectura financiera”.

estamos preparados para percibir la gravedad y la profundidad de los cambios históricos que están sucediendo hoy. Suena melodramático pero es así. Voy a permitirme llamarles la atención a algunas herramientas de reflexión para ver si les dejo provocando algunos pensamientos para después.

En primer lugar, el tema de las insensateces. Tomen cualquier periódico o revisen lo que pasan los noticieros en la televisión o en la radio y se van a dar cuenta de cómo empezamos ya a acostumbrarnos en lo que respecta a cómo se construye un nuevo sentido común y cómo se construye un nuevo tipo de normalidad en la que nos vamos amortiguando y aceptando todo ese tipo de insensateces. Entonces, desde esa perspectiva, lo que nos estamos planteando es una tarea de cursilerías. Me refiero a un tema que no tiene ninguna viabilidad. Son simplemente buenas intenciones y buenos sentimientos. Lo que necesitamos es construir una ciencia dura, hay que disputarle a los criterios de lo que es una ciencia dura, de lo que es válido, de lo que es legítimo, de lo que es racional y de lo que es razonable al sistema. Y eso forma parte de la coyuntura en la que estamos viviendo. Porque esos criterios de racionalidad y de razonabilidad que formaban parte del marco de referencia con el que normalmente y cotidianamente nos movemos -en distintos estratos sociales y en distintos ámbitos del quehacer social, espiritual, de la producción del pensamiento- ahora están siendo puestos en cuestión. En el caso de la economía, por todos lados. Pero no es sólo allí. Lo mismo sucede en el caso de la política. Y ahí está precisamente la ofensiva que se está dando en estos momentos.

En segundo lugar, está el tema de la corrupción, el de la incompetencia y el de la inoperancia en las más altas esferas del poder. Todos los días ustedes encuentran evidencias de que los bancos más importantes están involucrados en temas de lavado de dinero. A su vez, la generalización del fraude no tiene parangón. Sin embargo, estamos ahora en una nueva normalidad del encogimiento de los hombros. ¿Es una crisis financiera? Sí. Pero es también una crisis económica y una crisis que pasa por las cuestiones más superficiales; una crisis exógena que tiene que ver con los excesos de ciertos banqueros, las negligencias de ciertos reguladores y demás, pero no es solamente eso. ¿Es una crisis del neoliberalismo, de las políticas económicas y de la desregulación? Sí. Pero no es solamente eso porque no es una crisis que va a superarse con la introducción de políticas keynesianas o con la recuperación de la regulación. Hay que hacerlo, pero con eso no acabamos el problema. La cosa va más profundamente y tiene que ver con el modelo económico, o con lo que más científicamente puede llamarse el “régimen de acumulación”. Es decir, los ritmos y las orientaciones de

los procesos de inversión, los patrones dinámicos de distribución del ingreso, la relación entre el capital y el no capital, el tema de la división internacional del trabajo y demás. Ahora bien, cambiando la división internacional del trabajo, disputando el tema de la redistribución del ingreso va a contribuir de manera más profunda a una alternativa a la crisis, pero la gravedad de lo que estamos viviendo va más allá de eso. Tiene que ver con el elemento básico, esencial y organizador de toda la vida social, el elemento central de la economía y de la sociedad en su conjunto, que es la formación de la ganancia. Tenemos que superar el modo de producción capitalista. Y eso sin duda va a ser una tarea gigantesca y así y todo no va a alcanzar. Porque la crisis que estamos viviendo sincroniza todos esos elementos más otros de mucha duración que tienen que ver no sólo con el modo de producción sino con el modo de vida. Superar el problema del modo de producción capitalista no resuelve el problema de la relación hombre-naturaleza. Superar el problema de la ganancia no resuelve el problema de que vivimos siete mil millones de seres humanos sobre la tierra y que necesitamos encontrar la mejor manera de procesar nuestras diferencias de manera civilizada.

Si advertimos la dimensión de lo que nos estamos planteando, nos daremos cuenta de que es enorme. Todo lo que se está dando rema en el sentido contrario. No solamente que no se ha hecho nada por resolver el problema de los excesos, del fraude y de la negligencia a nivel de los banqueros y los reguladores, sino que sucedió todo lo contrario. Se ha premiado a los banqueros corruptos y a los reguladores con más recursos y con millones de dólares. La primera auditoría que se logra realizar al Banco Central de los Estados Unidos muestra que todas las cifras oficiales que se han dado respecto al salvataje bancario eran falsas. Solamente uno de los programas, aquel que se daba sin la necesidad del voto del Congreso y del Senado de los Estados Unidos, representó 16 millones de millones de dólares. Este es un tema en el que se da un salto de lo cuantitativo a lo cualitativo. Cómo estamos pasando a una situación en el que el orden -en magnitudes- se vuelve desquiciado. Porque eso significa más que 100% del PBI de los Estados Unidos, entregado a un puñado de banqueros y en el marco de una situación de insolvencia estructural del sistema en que, si bien no se tienen estadísticas concretas, las referencias dan unas proporciones de que hay 1.500 millones de millones en derivados financieros de deudas pendientes no resueltas en proporción a 63 millones de millones del PBI real de todo el mundo. Es decir, 1.500 millones de millones en deuda frente a una economía real de 63. De lo que estamos hablando es de que tendríamos que pasar diez o veinte años sin comer ni vestirnos ninguno de los habitantes del planeta y

así y todo no se pagarían las deudas. Y si a esto le sumamos otras estadísticas que tienen el Banco de Basilea o el FMI, el estimado es que hay más de 1.500 millones de millones en deudas de este tipo. Lo mismo se puede advertir si revisamos lo que tiene el Bank of America en lo que se conoce como “fuera de balance”. Esta es una técnica que poseen los contadores para maquillar los balances. Tiene 97 millones de millones en derivados financieros. Es decir, más del 160% del PBI mundial un solo banco. Está fuera de proporción el tema. Esta no es una crisis financiera, sino que es una crisis civilizatoria. Lo que está en juego es una guerra de clase de la oligarquía financiera en contra de la humanidad. Guerra que, finalmente, están ganando.

Si ponemos más abajo la cuestión, tampoco es cierto que ya el neoliberalismo esté acabado. Hay algunos compañeros de izquierda que dicen que estamos viviendo el post-neoliberalismo. Ahora bien, nosotros nos debiéramos preguntar a cuál post-neoliberalismo se refieren, si éste está más vivo que nunca. Están empujando a la agenda neoliberal, a sabiendas de que esto significa un deterioro de las condiciones de vida de la gente y a sabiendas de que tampoco va a resolverles el problema ni siquiera a ellos. El problema de las medidas de ajuste en Grecia no va a resolver el problema de su deuda, ni de los bancos, ni de la falta de competitividad de la economía griega ni ninguno de los demás problemas. ¿Para qué está ahí? Simplemente para esta gente. Y esto se ha extendido. Ya no se trata solamente de Grecia, Portugal, España e Irlanda, sino que ya está en Italia, en Francia y demás. Entonces, la cuestión del neoliberalismo sigue muy firme por debajo de un discurso, por debajo de esta construcción programada del sentido común que nos hace sentir que lo peor ya pasó, que ahora estamos recapacitando y que todo el mundo está pensando cómo poner el hombro para sacar las cosas adelante. Y nada de eso está pasando. En los verdaderos centros de decisión se están preparando las peores cosas y se está impulsando una agudización de las políticas del modelo neoliberal y de la desregulación.

La Organización Mundial del Comercio está intentando sacar una carta debajo de la manga sobre un consenso que se había logrado hace más de diez años por el cual los miembros de la OMC habían acordado la total desregulación de las normas contables. Es decir, en el marco de una situación de transnacionalización de las corporaciones y de los bancos, la OMC planea la total desregulación de las normas contables. ¿Qué están pretendiendo? La OMC insiste en más neoliberalismo, en más desregulación y en impedir inclusive la regulación de los instrumentos financieros que han generado claramente esta

situación de crisis. Hoy por hoy, en América Latina se está planteando, en lugar del Banco de Sur, en lugar de aportarle a estas nuevas instituciones de la nueva arquitectura financiera para poder pararnos en nuestros propios pies y poder reciclar nuestros recursos y así generar otra alternativa de desarrollo, que lo que tiene que hacerse es capitalizar más al BID, no corrigiendo esa práctica que hizo que, finalmente, se reconociera a regañadientes que se había perdido más de un quinto de su capital social por estar invirtiendo en activos tóxicos sino para que sigan con lo mismo. ¿Qué hacía un Banco de Desarrollo destinado a América Latina invirtiendo en activos tóxicos en los Estados Unidos? Capitalizar y ampliar, cuando año tras año ha estado perdiendo capitales de los ahorros de los latinoamericanos por invertir en activos tóxicos. Y ahora está planteando que el programa de este año será aumentar la apuesta en lo que respecta a la especulación e incluir a ésta los alimentos y la energía, cuando es muy claro que la especulación en alimentos ha provocado esta situación fácilmente prevenible de vida y muerte de nuestros hermanos en África. Como ven, la situación, los contrastes y las insensateces se multiplican por todos lados.

La pregunta es: “¿Qué hacer?” ¿Qué podemos hacer efectivamente para cambiar esta situación? En tiempos “normales” todos los engranajes del sistema funcionan bien aceitados; todos coinciden dinámicamente y todo marcha a la perfección, tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. Y esta circunstancia hace que se requiera una inversión muy importante de energía política y de energía social para lograr pequeños cambios. Ahora, esos engranajes se atascan por todos lados. Y ahí está el tema de la intensidad ontológica. ¿Por qué lo que hagamos cada uno de nosotros importa? ¿Por qué es tan importante este Congreso? ¿Por qué es tan importante el carácter, el contenido y la disputa que podamos darle a la construcción de Unasur? Porque ahora, si logramos detectar con lucidez los puntos neurálgicos de estos atascamientos y logramos enfocar aunque sea condiciones modestas de energía social y política podemos lograr cambios muy significativos.

Volvamos al tema de los cursis. Si ustedes revisan, buena parte de la literatura en torno a la economía social y solidaria de antes eran propuestas asistencialistas de sectores católicos o de sectores inclusive filantrópicos de la alta sociedad. Entre otros, el programa Punto Cuatro de Eisenhower o la Alianza para el Progreso de Kennedy. Bien, todos esos elementos que estaban ahí presentes tienen ahora un contenido y una proyección totalmente diferente. Porque el sistema está en otra circunstancia, en una situación de senilidad que no le permite absorber este tipo de cambios. Aquí lo que es fundamental,

más allá de cualquier dogmatismo de izquierda o de derecha, es precautelar, auspiciar, fomentar y ampliar de manera agresiva el espacio que tiene la gente para desplegar su creatividad. Es romper con la dictadura del capital financiero transnacional que nos bloquea permanentemente. Este Congreso trata de esto. De una cantidad de iniciativas donde la gente ha podido pararse y ha podido retar a esa lógica de lo que es racional y lo que es razonable desde esa construcción programada del sentido común y ha dicho “No. Estas cursilerías también valen”. Y si esta empresa no es rentable para el capital, no es viable desde la lógica de las empresas ni desde la lógica de lo razonable y lo racional que plantean los técnicos de la economía, desde la lógica del trabajo sí es posible. Y si desde la perspectiva de los grandes bancos, el tema de la solidaridad es algo absolutamente romántico que no tiene ningún sentido, desde la lógica de la economía popular se vuelve una necesidad cotidiana. Insisto en una pregunta: ¿De qué se trata sino esta crisis estructural que ustedes tienen? ¿No es acaso una crisis generalizada de confianza entre ustedes mismos? La etimología del concepto crédito viene del italiano *credere*. Es decir, de creer. Y la alternativa que tenemos que construir para cambiar realmente el mundo aquí y ahora es precisamente generar opciones que permitan recuperar lo humano en estas relaciones sociales de producción. Para eso es fundamental que la gente desde abajo, sin necesidad de mayores disquisiciones teóricas sino desde el análisis concreto de las situaciones concretas, despliegue su creatividad frente al sistema y se burle de él. Aprender de éstas será fundamental. Porque en eso se nos va la vida. Esa es la reserva moral que va a permitir que la humanidad se defienda en esta guerra de clases que nos ha declarado la oligarquía financiera transnacional. Necesitamos recuperar lo humano. Necesitamos precisamente armar estas relaciones de confianza diferente marcadas desde la fraternidad y desde la solidaridad como claves de una lógica alternativa a lo que nos plantea el sistema. Porque la lógica que nos plantea el sistema ya no va más. No ofrece soluciones. Necesitamos, entonces, introducir condiciones que permitan que otro tipo de racionalidad y otro tipo de lógica productiva puedan entrar a definir las condiciones de reproducción de la vida. Es decir, esa vieja dicotomía entre valor de uso y valor de cambio. Hoy por hoy, la posibilidad de proveer hasta el alimento no se basa en que la gente tenga hambre. Ya no es ni siquiera en esos términos que funciona la dictadura del capital. Ahora, además de lo rentable, el filtro exige que cumpla con el corto plazo, con las altísimas tasas de interés y las altísimas tasas de ganancia que exige el capital monopólico transnacional. Si esto no es así, no es posible producir alimentos. En un mercado globalizado en el que siete mil millones de seres humanos estamos subordinados a esta lógica eso es insostenible y está haciendo agua por todos lados. Antes, la provisión

de comida diaria se resolvía en la región, en la comarca. Ahora, forma parte de una logística sofisticadísima a nivel planetario. Y en cada una de las decisiones de esa cadena sofisticada hay una serie de decisiones corporativas que pasan cuestiones financieras en el marco de una situación en que ese abastecimiento está marcado por esa crisis de confianza generalizada.

Necesitamos entonces crear los espacios, no institucionales sino legales de mercado financiero, que hagan posible que otro tipo de lógica -esas lógicas desde abajo, de la sensatez de la gente- vayan teniendo cabida y puedan prosperar. Eso pasa por pelear el derecho de la gente a la diferencia y eso pasa por pelear el derecho de la gente a la identidad, de crecer, de superarse a sí mismos frente a las restricciones que esa racionalidad y esa razonabilidad nos han impuesto en términos de no poder. Pero sí que podemos. Lo que se está celebrando con este Congreso es precisamente la iniciativa y la creatividad de la gente. Porque ese sistema que se dice que es el propio de la iniciativa privada, en realidad es el sistema que nos priva de la iniciativa. América Latina está abriendo nuevos caminos de esperanza, precisamente porque a partir de estas cuestiones que parecerían triviales y tecnocráticas como el Banco del Sur o el SUCRE, estamos creando las condiciones mínimas pero esenciales para efectivamente mejorar nuestras capacidades de poder. Y digo “poder” en el doble sentido de la palabra: “Poder” en términos de un cuestionamiento a la noción de la sumisión y de la dominación y también “poder” en el sentido de las capacidades que estamos creando. Necesitamos un banco de desarrollo que atienda los temas de la soberanía en la construcción de instrumentos financieros que soporten la iniciativa de la gente; necesitamos una red de seguro financiero que defienda los procesos que estamos construyendo frente a los ataques especulativos y necesitamos una moneda que rompa con esa lógica de organización de la sociedad basada en la exclusión, en la explotación, en la discriminación, en la expulsión y en la imposibilidad de la gente. Necesitamos construir una moneda como el SUCRE. Este nuevo tipo de opciones basadas en una nueva arquitectura financiera, se convertirán en instrumentos fundamentales para el armado de las condiciones que abran la posibilidad de la participación de todos y cada uno de nosotros en la construcción de un futuro.